

350: 4501

PROF: DIEGO DIAZ

\$ 800

Juliana Contreras M. - Cepe

EL LECTOR COMO CAZADOR (DE SENTIDOS)

*Cómo LEER narraciones a partir de huellas,
indicios y símbolos*

Rodrigo Argüello G.


netEducativa
EDITORIAL

la teología, la lingüística, la descripción, la traducción, todo puede servir para enriquecer la lectura. Un texto se deja leer de muchos modos (aunque no de cualquier modo: el texto configura "el mundo" de lecturas que admite). Cada método especial da ojos para esto o aquello que pone de relieve. Pero una vez que el método se convierte en receta, en vez de enriquecer la lectura, la reduce a ejercicio estadístico, sociológico, etc. Leer de muchos modos, renunciando a las recetas, pero aprovechando los "ojos" que dan los métodos conocidos (y otros que pudieran inventarse) puede ser otro método: el de leer por gusto...

Gabriel Zaid, *Cómo leer*

INTRODUCCIÓN

EL LECTOR-CAZADOR: EL SENTIDO DE UNA METÁFORA

Durante milenios, el hombre fue un cazador. La acumulación de innumerables actos de persecución de la presa le permitió aprender a reconstruir las formas y los movimientos de piezas de caza no visibles, por medio de huellas en el barro, ramas quebradas, estiércol, mechones de pelo, plumas, concentraciones de olores. Aprendió a olfatear, registrar, interpretar y clasificar rastros tan infinitesimales como, por ejemplo, los hilillos de baba. Aprendió a efectuar complejas operaciones mentales con rapidez fulmínea, en la espesura de un bosque o en un claro lleno de peligros.

Carlo Ginzburg, *Indicios*

 *El cazador acaricia siempre la imagen de la realidad negada y la realidad conquistada se le queda sin imagen. Toda la personalidad e imaginación del cazador está condicionada por esta antinomia de la imagen de caza.*

Las interminables historias de caza son prueba de ello. Son historias sobre las huellas, andanzas, vicisitudes imprevistas del jabalí; y quizás, en el clímax del relato, se dirá que el jabalí salió de repente de entre las zarzas como si se tratara de una aparición, permitiendo el tiempo justo para dispararle el tiro fatídico. En realidad, la imagen que se manifiesta de forma súbita e irrepetible es más una aparición que otra cosa, no una simple imagen, sino más bien un acontecimiento milagroso. Para el cazador inmerso en los rastros, olores, ladridos, la visión que se le ha negado durante tanto tiempo adquiere forzosamente un significado casi mágico. “En la caza suceden cosas increíbles, la caza es la cosa más misteriosa”, me confesaba Luxio. Delibes subraya: “Lo azaroso de cada aventura cinérgica”. Lo intuido y conjeturado a través de las señales y la experiencia se le han transformado en un hecho. El mundo de los rastros que parecía no tener fin se ha acabado ante la “cosa” misma. Esa aparición de la imagen produce la discontinuidad en las señales, separa la búsqueda sin fin que dominaba al cazador. Finalmente se ha acabado la carrera, puede respirar tranquilo, todas las ausencias están presentes. Para que esto suceda tiene que aparecer y poseer la imagen. El trance de la caza se oculta en esa quietud. Para el cazador resulta como salirse de una película. En este momento es cuando mira el reloj y se sorprende del tiempo que ha pasado. Si en la imaginación y la ansiedad de la caza se hallaba sumergido en la atemporalidad del ensueño, el final del sueño le devuelve a la hora que marca el reloj.

La magia de esa transición –ese acontecimiento portentoso que pretende revivir cada vez que lo rememora en sus relatos posteriores– deja marcada la experiencia interior del cazador.

Joseba Zulaika, *Caza, símbolo y eros*

✓ Como se puede leer en estos epígrafes, y como veremos más adelante, todo cazador de algún modo es un lector, quizás el primer gran lector de huellas, trazas e indicios. Y sorprende que saliendo de caza para buscar el origen de esta palabra en español nos encontremos al final que lo que, en un principio, tiene la pretensión de una metáfora, no es más que la confirmación real de una intuición, de una actitud y una práctica originaria, pues en el origen y en el fondo, tanto el verbo *cazar* como el verbo *leer* tienen un parentesco real.

3 De acuerdo con nuestro rastreo, el verbo *cazar* viene del latín vulgar *captiare*, que significa *captar*, *capturar*, *perseguir*, *tratar de coger*... También se dice que de esta palabra viene el verbo *catar* y la expresión *ser capaz*.

✕ Por otro lado, el verbo *leer*, lo he escrito en *Introducción al Simboanálisis*, proviene del antiguo griego *legein*, y del latín *legere*, que significa *reunir*, *recoger* y también: *escoger* y *elegir*.

5 Agreguemos también que en español el verbo *colegir* (*coligere*), que significa *deducir* a partir de algo, viene del verbo *coger* y *recoger*, y, por tanto, está emparentado con *legere* (*leer*) y *cogitare*, que significa pensar. Ambas raíces aluden a la acción de *es-coger* o *reunir* conocimiento. Pero, incluso, algo más diciente: en estas raíces está el origen de términos como *inteligible... inteligencia: inte-ligens*, derivado de *legere*, principio activo de *inte-ligere*, que significa *escoger entre*. Podríamos decir entonces que ser *inteligente* es saber leer *entre* (*líneas*) y que saber *Leer* es mirar la realidad con *inte-ligen-cia*. Por tanto, no hay razón para divorciar el acto de *LEER* con el acto de *re-coger*, *re-colectar*, pensar, deducir (*colegir*), analizar (*re-coger*), *es-coger* (*inte-ligere*) e interpretar.

6 No creemos, entonces, que sea casualidad que las dos figuras fundamentales en las comunidades primitivas hayan sido la del *cazador* y la del *reco-lector*; y tampoco que sea gratuito que hayamos escogido esta relación, pues habríamos podido *es-coger* la figura del detective, pero la de cazador es mucho más amplia porque incluso contiene la del investigador policial, en virtud de que todo detective es un cazador-lector.

7 Así, desde que el Hombre tiene los sentidos desarrollados, es un lector por necesidad. El mundo, la naturaleza, la realidad, se habían tomado como un libro o texto legible, sin que aún se conociera el concepto de *libro* o *texto*. En sus comienzos, el hombre

tuvo que vivir, sentir, percibir (ver, oír) la realidad; así como tuvo que leerla para luego narrarla, interpretarla y, ¿por qué no?, *re-argumentarla*.

8 Para el primer caso, es Carlo Ginzburg quien mejor lo ha expresado con la imagen primitiva del cazador: “Tal vez –dice– la idea misma de narración (diferente de la de sortilegio, encantamiento o invocación) haya nacido por primera vez en una sociedad de cazadores, de la experiencia del desciframiento de rastros...” (1989: 144). Para Ginzburg “El cazador habría sido el primero en ‘contar una historia’, porque era el único que se hallaba en condiciones de *leer*, en los rastros mudos (cuando no imperceptibles) dejados por la presa una serie coherente de acontecimientos” (Ibíd., p. 144). (Las cursivas son nuestras). Más adelante, también nos dice que aquí “‘descifrar’ o ‘leer’ los rastros de los animales son metáforas. No obstante, se siente la tentación de tomarlas al pie de la letra, como la condensación verbal de un proceso histórico, que llevó en un lapso tal vez prolongadísimo, a la invención de la escritura” (ibid., p.145). Pero lo que advierte el fundador de la microhistoria es que antes de narrar o relatar, el hombre (primitivo, moderno o posmoderno, ubíqueno donde quieran) siempre ha tenido que ser primero *lector* (*reco-lector*) de signos naturales; *de vestigios*, huellas y rastros; *lector* de signos elaborados, lingüísticos o no. Es la misma relación del niño (sin duda, un tipo de primitivo ca-

zador) antes de leer o escribir signos lingüísticos, ya que ante todo es un lector (cazador) de imágenes, de gestos, de objetos¹.

De ahí que es posible *co-legir* que *in-vestigar* (*investigare*, que significa, en su origen, introducirse en los *vestigios*) sea el acto de *leer todo tipo de trazas, huellas, indicios...*), así como todo acto de *Lectura* es un acto de *in-vestigación (a su manera): el acto de internarse profundamente en los vestigios de un texto o de un fenómeno*.

Para el segundo caso, el de la interpretación y la argumentación, es necesario que toda lectura vaya acompañada de interpretación, y no puede haber interpretación sin argumentación.

Así es como podemos afirmar que tanto el acto de narrar y el de leer, como el de *investigar* vienen del acto de *re-coger* indicios, *se-leccionarlos* y, a partir de ellos, *aventurar conjeturas* (hipótesis o abducciones). Al igual que se puede decir que cuando se narra, se

¹ En *La legibilidad del mundo*, Hans Blumenberg, al tratar de refutar a Vico —quien afirmaba que sólo podemos leer porque podemos escribir y en la medida en que hubiéramos podido escribir lo que leemos—, nos dice que “Desde el punto de vista filogenético es la más desacertada de las suposiciones de Vico; pero al mismo tiempo la más grata para su época. En realidad, tanto el individuo como la especie humana, primero aprenden a leer sustrayendo a la percepción de los hechos y la recepción de la expresión y la significación: *aprende a leer en rostros, en gestos, en vestigios de acciones y fechorías, en signos e indicios del bienestar o del humor; en señales de lo que será el tiempo y el destino* (2000:176). Las cursivas son nuestras.

cuenta o se investiga, se precisa en lo que se cuenta un *re-cuento* pormenorizado de los acontecimientos. No olvidemos que, por ejemplo, *cuento* viene de *con-tar: computare, (computus)* que significa llevar las cuentas de los acontecimientos; tampoco olvidemos que *argumento* es un requisito consustancial tanto al acto de narrar, al de interpretar, al ejercicio de la matemáticas, como al acto de investigar.

De este modo fue como se estableció la relación entre el lector y el cazador. El primero: husmea, rastrea, ventea en cualquier narración, trazas, huellas, indicios que le permitan alcanzar o argumentar sentidos, significados o interpretaciones posibles. El segundo (El cazador): con el mismo procedimiento, no tiene otro propósito que alcanzar la presa, como manera de supervivencia, como juego perverso (es el caso los ritos-competencias propios de ciertas prácticas cortesanas como formas de poder o de entretenimiento) o la caza como práctica con la que se busca un pretexto para narrar en la noche.

Por todo esto es que hay que volver al nivel metafórico para, de paso, no herir la susceptibilidad del protector de animales y retomar la figura del lector como un *Cazador* de sentidos, a partir de huellas, trazas, índices y símbolos.